

# Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: fr. LANGE

---

## CONTENIDO:

	Página
Después del Concilio .....	1
Concepto y práctica de la Comunión Eclesiástica en la historia de la Iglesia .....	9
Empleo de laicos en la Iglesia .....	18
Las causas de la Reforma.....	25
Bosquejos del Antiguo Testamento .....	33
Bosquejos para Sermones .....	41
Instrucciones para el Pastor.....	47

---

Publicado  
por  
La Junta  
Misionera  
de la  
Iglesia  
Evangélica  
Luterana  
Argentina

## EMPLEO DE LAICOS EN LA IGLESIA

Una leyenda refiere que Jesús fue rodeado por los ángeles después de su ascensión a los cielos, quienes le preguntaron: "¿Cómo ha de propagarse tu reino entre los hombres?". Jesús señalando a los once que desde el lugar de su ascensión se dirigían hacia sus hogares, les respondió: "Tengo a mis discípulos". Los ángeles, empero no se daban por satisfechos; ese pequeño grupo de gente, que cabizbajos y desanimados emprendían el camino de retorno, en verdad no parecían los más indicados para propagar el reino; le preguntaron entonces: "¿Para el caso que tus discípulos fracasaran, qué otro plan te has trazado?". Jesús les respondió: "Otro plan no tengo".

Dios nos hace copartícipes en el trabajo de su reino: no porque le seamos imprescindibles, pero él quiso conferirnos esa responsabilidad y ese privilegio. Es por ese motivo que nuestra vida acá en la tierra cobra un sentido real y positivo. Sí así no fuera, nuestro ideal debiera ser convertido en anacoretas, o al menos debiéramos buscar refugio en un convento.

El Nuevo Testamento afirma una y otra vez que todos los cristianos tienen un llamado de Dios que podemos llamar sacerdocio. Lo hallamos claramente descrito en I Pedro, 2,9: "Vosotros al contrario, sois una raza escogida, un sacerdocio real, nación santa, pueblo de posesión exclusiva; a fin de que manifestéis las excelencias de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz maravillosa".

Una congregación no debe ser una simple asociación que auspicia reuniones para escuchar sermones y administrar los sacramentos. San Pablo emplea para comparar la Iglesia, la figura del cuerpo en el cual Cristo es la cabeza y los cristianos los miembros. Así en la epístola a los efesios cap. I vers. 22 y 23 hallamos escrito: "Y ha puesto todas las cosas bajo sus pies, y le ha constituido cabeza sobre todas las cosas, con respecto a su iglesia, la cual es su cuerpo, el complemento de aquel que lo llena todo en todo". Y en la I epístola a los corintios, cap. 12 vers. 12 y 13 se lee: "Porque de la manera que el cuerpo es uno mismo, mas tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un mismo cuerpo, así también es Cristo. Porque por un mismo Espíritu todos nosotros fuimos

bautizados, para ser constituidos en un solo cuerpo, ora seamos judíos o griegos, ora seamos siervos o libres; y a todos se nos hizo beber de un mismo Espíritu”.

Nosotros fuimos llamados a la Iglesia de Cristo, fuimos bautizados e incorporados al organismo viviente de Cristo. En nuestra confirmación nosotros mismos así lo reconocimos. Es evidente que un organismo viviente no puede subsistir si cada miembro no cumple con la función que le es propia.

El hombre posee la dignidad de ser inteligente, y por ser una criatura orientada hacia Dios, debe procurar que fructifiquen los dones que ha recibido de su creador. En Romanos, 12, 4-8 se puede leer: “Pues así como tenemos muchos miembros en un mismo cuerpo, y todos los miembros no tienen el mismo oficio, así nosotros, siendo muchos, somos un mismo cuerpo en Cristo, y miembros individualmente unos de otros. Teniendo pues dones diferenciándose conforme a la gracia que nos ha sido dada, si es de profecía, ejercétese según la analogía de la fe; o si de ministerio, en ministrarse; el que enseña en enseñar; el que exhorta en exhortación.” Y en I Corint. 12, 4-11 hallamos escrito: “Mas hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu; y hay diversidad de ministerios, pero uno mismo es el Señor; y hay diversidad de operaciones, mas el mismo Dios es el que obra todas las cosas en todos. A cada uno empero le es dada la manifestación del Espíritu para el provecho de todos. Porque a uno, por medio del Espíritu, le es dada la palabra de sabiduría; a otro palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; a otro, fe, por el mismo Espíritu; a otro, dones de curaciones, por el mismo Espíritu; a otro, facultades de obrar milagros; a otro, profecía; a otro discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las obra aquel uno y mismo Espíritu, repartiendo a cada cual conforme él quiere.”

Ciertamente Dios fue pródigo en la distribución de dones, y espera que los sepamos emplear en la debida forma. En I Cor. 14, 12 se lee: “Así pues, vosotros también, ya que sois codiciosos de dones espirituales, procurad abundar en ellos de tal modo que sea para la edificación de la iglesia.”

Dios no es un Señor insensato que exige más de lo que nosotros podemos rendir; él quiere que empleemos nuestros talentos con lealtad, a conciencia y en forma permanente.

Todo cristiano debe llevar como prenda distintiva para sus tareas, los dos mandamientos mayores enunciados por Jesús, a saber: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Y amarás a tu prójimo como a ti mismo."

Si creemos que Dios nos ha creado, que nos ha dado todos nuestros miembros e inteligencia, nuestros sentidos y nuestras fuerzas, si sabemos que Dios nos conduce y que nos ha preservado de desgracias, miseria y peligros, entonces tenemos hacia Él una deuda de amor, de alabanza y gratitud, lo cual ha de traducirse en obediencia a su voluntad y en nuestro servicio. Un servicio no sólo directo a Dios, pues también le servimos cuando nos preocupamos por aquellos que Él pone a lo largo del camino de nuestras existencias. La vida del cristiano ha de ser pues de servicio. Cristo mismo asume la postura de un siervo: "El hijo del hombre no vino para ser servido sino para servir." Jesús nos relata un magnífico ejemplo de amor al prójimo en la parábola del buen samaritano. La importancia de ese amor queda de manifiesto en la descripción del juicio final. Mat. 25, 34-36: "Entonces dirá el Rey a los que estarán a su derecha: ¡Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino destinado para vosotros desde la fundación del mundo! porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui extranjero, y me hospedasteis; desnudo, y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; estuve en la cárcel, y acudisteis a mí." En el versículo 40 agrega: "Y respondiendo el Rey, les dirá: En verdad os digo, que en cuanto lo hicisteis a uno de los más pequeños de estos mis hermanos, a mí lo hicisteis."

Si nos preguntamos que participación toman los miembros laicos en el trabajo de nuestra iglesia; debemos confesar que el porcentaje es reducido. Si procuramos exponer motivos que expliquen esa poca actividad, quizá convenga remontarse hasta los primeros tiempos del trabajo de nuestro sínodo en esta parte del continente. Los primeros misioneros han asumido con espíritu de verdaderos pioneros el trabajo encomendado, han tenido que sortear muchas dificultades, entre las que cabe consignar, los muchos lugares de predicación, las malas comunicaciones, el idioma, la pobreza. Su tarea la desarrollaron entre gente muy apegada a tradiciones y sistemas arraigados y con un espíritu demasiado conservador y por ende reactivo a toda innovación

de métodos. Hay que agregar a ello, la falta de elementos que hacen a la elevación cultural. Ni siquiera la escuela primaria de los medios rurales estaba debidamente equipada para ofrecer una preparación básica a la nueva generación. El poco contacto con gente de otro ambiente, traía aparejado la aparición de un complejo de inferioridad, un espíritu cohibido y una marcada timidez. También hay que señalar que el trabajo se inició en los medios rurales, donde casi todos se dedicaban a la misma actividad. Sin duda en ese elemento humano también aparecía la diversidad de dones, pero los motivos apuntados hacían que muchos de ellos quedaran en el marco de lo puramente potencial, es decir, sin el medio adecuado para su cultivo y desarrollo.

Este panorama ilustrado con ligeros trazos pone de manifiesto que la tarea de lograr una activa participación de los legos resultaba sumamente difícil. A título de ejemplo mencionemos la elección de un delegado para una conferencia sinodal. La inmensa mayoría de los laicos tenían ser eletcos. Ellos tenían clara conciencia de la responsabilidad que ello significaba y al mismo tiempo la íntima convicción de que no podrían cumplir cabalmente con esa misión; esto como es natural les creaba una situación sumamente incómoda. Esta pesada carga de delegado la compartían entre todos con estoica resignación, es decir que simplemente se elegía a uno de aquellos que aún no había asistido nunca a una de esas conferencias.

Hoy la situación ha cambiado notablemente. Varios factores, que no son del caso mencionar, han contribuido para que ese cambio se operara. Hoy el terreno se muestra mucho más propicio para desplegar un trabajo en las congregaciones con métodos que aseguren una participación más activa de parte de los legos. Quizás el escollo mayor sea el de quebrar la apatía y la pasividad que la mayoría asume como una actitud neutral y lógica. Será objetivo básico y primordial llegar a desterrar la idea errónea, y por cierto bastante generalizada, que los pastores son los únicos servidores y los demás simples oyentes y testigos pasivos. Desterrada esa falsa concepción, ha de tomar cuerpo la convicción que todos tenemos el deber, el derecho y el privilegio de participar activamente en los empeños de la iglesia. En pocas palabras, el primer paso ha de consistir en crear una verdadera conciencia congregacional. Para lograr ese objetivo básico, no bastarán sermones alusivos, será necesaria la comple-

mentación con contactos más directos con los miembros y donde tenga cabida el diálogo. Para ello podrá organizarse reuniones especiales y aprovechar, sobre todo, las asociaciones de jóvenes, donde encontraremos el elemento ideal para modelar una conciencia congregacional realista y con proyecciones de futuro.

Una vez logrado el objetivo básico, hay que procurar que en forma progresiva y entusiasta vaya aumentando el número de laicos que prestan sus servicios. El trabajo mancomunado debe hacerse con un plan realista y coordinado teniendo en cuenta las necesidades, las posibilidades y fundamentalmente el material humano que se pone en acción; prescindir de ello sería construir un coloso con pies de barro, sin ningún asidero real.

La iglesia debe contribuir para que cada uno descubra sus propios dones, e indicarle de qué manera puede ofrecerlos al servicio del Señor. Hay que tener especial cuidado de encomendar a cada cual una tarea acorde con su capacidad y habilidades. El que no puede cantar bien, no debe martirizarse en el coro de la congregación, quizá es un buen carpintero o albañil que también puede prestar grandes servicios. Hay que procurar no dar la sensación que una ocupación es más importante u honorable que otra; y no sólo eso sino mencionar una y otra vez que todas son dignas y de importancia. Pensemos solamente en las dificultades que surgirían si todos quisiéramos hacer lo mismo.

Es evidente que para determinado tipo de tareas se requiere un poco más de experiencia y de tacto para que todo salga a pedir de boca. Pongamos por caso aquellos que les toque en gracia efectuar visitas. Tanto los visitantes como los visitados se encontrarán al principio con algo novedoso. No hace tanto también causaba sorpresa la visita de un pastor; hoy las mismas constituyen una tarea propia de sus obligaciones. El mismo resultado podrá observarse en las visitas por parte de miembros laicos. En congregaciones donde ya se ha adoptado esa práctica, se ha podido constatar que la gran mayoría de los visitados han puesto de manifiesto su satisfacción por recibir esa clase de visita, incluso algunos han manifestado: "¡Por fin llega alguien de la congregación a visitarnos!"

¿Y qué podemos decir del trabajo misional?

Nuestras congregaciones aún hoy muestran características de un círculo cerrado y demasiado conservador. Todos debemos hacer nuestro el espíritu paulino, no sólo de conservar sino tam-

bién de conquistar. Quien se contenta con conservar debe resignarse a ir perdiendo lentamente. El cristianismo habrá alcanzado su verdadera talla solamente el día del fin del mundo; hasta ese entonces es preciso que crezca, no puede evitar su ley. No se conserva una planta joven, se asegura su crecimiento. El crecimiento del cristianismo, joven hasta el fin de los tiempos, es el objetivo necesario, aun para aquellos que procuran conservarlo.

Además, y ahora menos que nunca se puede retener bajo llave el núcleo de almas piadosas. Existe una sola defensa: tener a Cristo consigo. Y las almas que en verdad le pertenecen son las que lo comunican a otro.

Al contemplar la posibilidad de organizar tareas misionales, se debe, como es natural, recurrir en especial a laicos dispuestos y con dones que se presten para esa clase de tareas, y en lo posible prepararlos tanto en conocimientos teóricos como en métodos. Esto de ningún modo puede ni debe excluir a los demás de sus obligaciones misionales. Hay que desterrar la afirmación generalizada que para hacer misión, se requiere una preparación teológica avanzada y el don de lengua. Reflexionemos sobre lo que hallamos en Luc. 8, 38-39: "Mas el hombre de quien habían salido los demonios, le rogaba le permitiese estar con él. Jesús empero le despidió, diciendo: Vuelve a tu casa, y cuenta cuán grandes cosas ha hecho Dios por ti. Y él se fue, publicando por toda la ciudad cuán grandes cosas había hecho por él Jesús." ¿Acaso no tenemos motivos más que suficientes para obrar de igual modo?

Referente a la educación, cabe recordar que la fuerza de los apóstoles y de los primeros cristianos, al entrar en el mundo pagano, consistía en aceptar lo que en él había. Lo aceptaron, no para dejarlo tal cual estaba, sino para partir de ello como un hecho. Nosotros en cambio somos muy propensos a exclamar: "Si las cosas anduvieran como antes"; "si la familia fuera lo que debe ser"; "si las escuelas fuesen cristianas". No debemos perder demasiado tiempo en preguntarnos si el mundo de antaño poseía o no las virtudes que se le atribuyen. Sencillamente ya no existe y lo que sí existe es el mundo de hoy.

En las circunstancias actuales es perentorio que la iglesia redoble sus esfuerzos para lograr la educación adecuada de los niños y jóvenes; con ello quedarían superadas muchas difícil-

tades que hoy se observan y al mismo tiempo se aseguraría la estabilidad futura de la iglesia y su crecimiento. Todos debemos tener conciencia de esa necesidad impostergable; y luego sumar nuestros esfuerzos para concretar ese imperativo.

En el campo de la beneficencia y de la solidaridad práctica, también andamos a la zaga o al menos en improvisaciones. Mayormente se observa que frente a una catástrofe de proporciones, debe venir desde arriba el pedido de ayuda, cuando en realidad debiera ser algo espontáneo e inmediato. En lo posible cada congregación debe organizar y desarrollar un programa de beneficencia y ayuda, para asegurar de este modo que sus contribuciones lleguen en el momento más oportuno. Además no debemos pensar solamente en aquellos que sufren los efectos de una catástrofe, sino también en los huérfanos, enfermos y ancianos.

A modo de epílogo, recordemos una frase del apóstol San Pablo, la pronuncia en su formidable experiencia en el camino a Damasco. Ha vislumbrado un cambio en la orientación de su vida, siente el llamado para ser el campeón de la causa de Cristo; al levantarse enneguecido por la luminosidad de la visión exclama: "¡Qué quieres que haga!" Así espera la iglesia que preguntemos nosotros.

Los que pertenecemos a Cristo, oímos en nuestro interior una respuesta de vida, porque él habita plenamente en nosotros, y cuando en verdad se le ama, se ve extender un campo de posibilidades más extenso que el de la incertidumbre.

T. Gross

---

### ¿SABIA USTED QUE...?

¿Consecuencias de la teología moderna? En una revista misionera se publicó la siguiente advertencia: "En la obra entre los mahometanos, cada inseguridad en la teología propia, cada desvío del mensaje bíblico y cada intento de convertir las afirmaciones bíblicas fundamentales en términos filosóficos debe tener consecuencias fatales para la obra misionera."